

Desde mi ventana

Entre lágrimas ahogadas, con flores marchitadas, sueños rotos no cumplidos, el dolor en los suspiros, me quedé estancado frente al calor de mi ventana en una tarde de otoño con los pies empapados de cansancio. Disipé la calma de las olas en el telar del horizonte vestido de nubes de donde emanaba agua danzante al compás de hojas envueltas entre torbellinos de dunas desvanecidas en las lejanías.

Al caer cada gota, sentía el flujo del viento chocando con aquel cristal manchado de mugre y polvo de dudas ante la realidad que me costaba aceptar: una sociedad sin significado. Abrazos fríos, miradas sin fuego ni pasión por existir, espejos que no reflejaban sonrisas, heridas que no cicatrizan, hambre en medio de abundancia, esqueletos hechos de carne, amor sin alma, pinceles sin pintura, lienzos sin artistas, bosques sin luciérnagas, faros sin botes por salvar de la deriva, noches oscuras donde ya no guían estrellas, marinos sin capitán, piratas sin tesoros; contemplé los escenarios hasta que todo parecía detenerse, el movimiento se había convertido en ilusión, no quedaba nada más que el uso de razón que marcara márgenes, números e imágenes de lo que solían idealizar como perfecto, cuando perfecto tenía significado propio. Incluso lo ambiguo, lo considerado relativo, se había tornado vacío.

Sin siquiera notarlo, continué caminando, aunque me encontrara vagando por rumbos de incertidumbre que absorben cada rastro de energía hacia vórtices de lamentos atrapados en rutina con el único pesar patente del cual no hay duda alguna: descubrí que su nombre era “tiempo”, unas veces etiquetado como amigo, otras tantas, es visto como el peor rival. Todo por la frustración de intentar mil veces acaparar su mayor cantidad y, al final, lo que restaba era lo banal, lo obsoleto, ante el constante fracaso de intentar contenerlo.

No tenía certeza de si era culpable el hombre por su codicia, su afán de poseer incluso lo que es intangible e inmensurable, o si acusar al “todo es nada” del tiempo por su capacidad de atemorizar con la basta profundidad de sus dominios al ser un ladrón que todo lo toma sin preocuparse de pagar cuentas.

Exploré brevemente el debate planteado para intentar esclarecerme. Imaginé, entonces, ¿qué sentido tenía definirlos como contrarios?, ¿ser humano sería tan malo?, ¿estar entre lo físico y lo abstracto era la mejor opción? Si eran parte de una misma moneda, ¿cómo terminaban por repelerse como ángeles y demonios?

Un cuerpo de carne pereciente, con una mente consciente del olvido, pero inconsciente de la belleza de lo absoluto, siendo obsesivo con lo que no le compete, aún así perdido en los fragmentos de una percepción vacua repleta de dilemas morales, errores y ansiedades, contra una variable compleja relacionada a un concepto de presencia, asociado a su vez con un objeto que dice detenerse o avanzar en un tic tac, ritmo al que los demás deben marchar, sabiendo que cada paso es una marca más atrapada en su historial.

¿Cuáles eran sus objetivos? ¿Qué les hacía mantenerse en pie? ¿Cómo recordarles el valor dentro de esa realidad sombría? ¿Desde dónde se encuentra el tiempo observando cuando los embrollos del humano lo sumergen en desgracia? ¿En dónde toma postura el hombre cuando el tiempo pierde su noción, convirtiéndose en un medidor sin propósito?

¿Será que al final se trate de lanzarse de espaldas al mar? ¿Dejar que entre la arena y la sal levanten el alma hacia fronteras infinitas, hacia donde no existan bordes entre la fortuna y la desdicha? Donde la imposibilidad no delimita y sostiene la verdad ante tanta falsedad, donde convergen nunca, siempre, ningún lado o cualquiera en un bucle infinito que nos absorba hacia un espejo entre la tierra, el paraíso junto al infierno, el nacer y el morir, con el cielo teñido de verde y los bosques vestidos de azul celeste mientras el sol representa la noche y la luna anuncia un nuevo día.

A fin de cuentas, ¿quién es la marioneta y quién el titiritero? Entre el ser y no ser, sentir o no sentir, pensar, paz, justicia, soledad; todo es parte de una máscara que siempre se encuentra presente y jamás sabrás cuándo empezaste a usar. Por lo mucho, la mejor opción es confiar en el azar mientras se redescubren los enigmas del porvenir porque la vida no es más que una ópera. Una tragedia cantada en prosa y verso donde cada uno está en la búsqueda de su propia melodía, a un paso único no generalista que no requiere entendimiento, nunca va demasiado lento ni demasiado rápido, solo significa tu propio vivir.

~ Jobim sur la Lune ~